



MIGRANTI  
RIFUGIATI

**“NADIE SE SALVA SOLO, SOLA”**

*La cultura del encuentro vs. la cultura del descarte en la “Fratelli Tutti”*

P. Fabio Baggio C.S.  
*Sección Migrantes y Refugiados*

La llegada y la presencia de numerosos migrantes y refugiados, y las diferentes reacciones que esto suscita en las comunidades de acogida, nos permiten ejemplificar la peligrosidad de la cultura del descarte, a la que el Santo Padre opone perentoriamente, como antídoto, la cultura del encuentro.

La cultura del descarte, a la que el Santo Padre ya se había referido en su Carta Encíclica “Laudato si’”(cf. LS, 16, 22 y 43), encuentra en “Fratelli Tutti” una diferente caracterización, que hace hincapié en los graves efectos para las relaciones humanas.

Partes de la humanidad parecen sacrificables en beneficio de una selección que favorece a un sector humano digno de vivir sin límites. En el fondo «no se considera ya a las personas como un valor primario que hay que respetar y amparar, especialmente si son pobres o discapacitadas, si “todavía no son útiles” –como los no nacidos–, o si “ya no sirven” –como los ancianos–. Nos hemos hecho insensibles a cualquier forma de despilfarro, comenzando por el de los alimentos, que es uno de los más vergonzosos». (FT, 18)

La cultura del descarte se aplica fácilmente en los procesos migratorios, allí donde, a causa de las innegables diversidades, resulta más simple distinguir entre “nosotros” y los “otros”, justificando su exclusión.

Los migrantes no son considerados suficientemente dignos para participar en la vida social como cualquier otro y se olvida que tienen la misma dignidad intrínseca de cualquier persona. [...] Nunca se dirá que no son humanos pero, en la práctica, con las decisiones y el modo de tratarlos, se expresa que se los considera menos valiosos, menos importantes, menos humanos. Es inaceptable que los cristianos compartan esta mentalidad y estas actitudes, haciendo prevalecer a veces ciertas preferencias políticas por encima de hondas convicciones de la propia fe: la inalienable dignidad de cada persona humana más allá de su origen, color o religión, y la ley suprema del amor fraterno. (FT, 39)

La cultura del descarte, que contrabandea la ilusión de poder ser omnipotentes y miembros de una élite mundial, conduce inexorablemente a la cerrazón en los propios intereses, al aislamiento y a la muerte de la fraternidad. Para salvar a la humanidad y a sus ideales, para que ésta pueda realizar el plan creativo de Dios, el Papa Francisco invita a todos a promover la cultura del encuentro.

La vida es el arte del encuentro, aunque haya tanto desencuentro por la vida. Reiteradas veces he invitado a desarrollar una cultura del encuentro, que vaya más allá de las dialécticas que enfrentan. Es un estilo de vida tendiente a conformar ese

poliedro que tiene muchas facetas, muchísimos lados, pero todos formando una unidad cargada de matices, ya que «el todo es superior a la parte. (FT, 215)

El encuentro con el otro constituye una dimensión esencial de la existencia humana; la calidad de las relaciones humanas determina el proceso de crecimiento y el logro de la felicidad de cada persona. «Los otros son constitutivamente necesarios para la construcción de una vida plena» (FT, 150). Un ser humano, añade el Santo Padre, «ni siquiera llega a reconocer a fondo su propia verdad si no es en el encuentro con los otros» (FT, 87).

Todos los encuentros con el otro son potencialmente enriquecedores, y dicha potencialidad es directamente proporcional a la alteridad de la persona encontrada. Cuanto más diferente sea, “otra”, mejor permitirá a quienes se encuentran con ella, enriquecerse en conocimiento y humanidad.

Es desde esta perspectiva que debemos comprender la invitación del Papa Francisco a privilegiar el encuentro con quien habita las periferias existenciales, que «tiene otro punto de vista, ve aspectos de la realidad que no se reconocen desde los centros de poder donde se toman las decisiones más definitivas» (FT, 215). Las periferias existenciales, explicaba el Santo Padre en julio de 2019, «están densamente pobladas por personas descartadas, marginadas, oprimidas, discriminadas, abusadas, explotadas, abandonadas, pobres y sufrientes» (*Homilía*, 8 de julio de 2019).

Entre los habitantes de las periferias existenciales encontramos a numerosos migrantes, refugiados, desplazados y víctimas de la trata, que se han convertido en «emblema de la exclusión porque, además de soportar dificultades por su misma condición, con frecuencia son objeto de juicios negativos, puesto que se les considera responsables de los males sociales» (*Mensaje para la 105ª Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado*). Renunciar al encuentro con ellos significa privarse del «don que es el encuentro con la humanidad más allá del propio grupo» (FT, 90); significa perder «una oportunidad de enriquecimiento y de desarrollo humano integral de todos» (FT, 133).

El encuentro al que se refiere el Santo Padre no es casual o extemporáneo, sino que se trata de un estilo de vida, muy deseado porque apasiona, un compromiso constante de «buscar puntos de contacto, tender puentes, proyectar algo que incluya a todos» (FT, 216). Se trata de un encuentro que hace crecer en humanidad a todas las personas comprometidas, como bien explicaba el Papa Francisco en un discurso pronunciado en 2016: «Abrirse a los demás no empobrece, sino que más bien enriquece, porque ayuda a ser más humanos: a reconocerse parte activa de un todo más grande y a interpretar la vida como un regalo para los otros; a ver como objetivo no los propios intereses, sino el bien de la humanidad» (*Discurso en la Mezquita “Heydar Aliyev” de Bakú, Azerbaiyán, 2 de octubre de 2016*).

En este contexto, es interesante observar cómo el Santo Padre elige la parábola del Buen Samaritano (*Lc* 10, 25-37) para ilustrar las dinámicas del encuentro que enriquecen a la humanidad. Se trata, de hecho, de un encuentro muy particular, que en el Evangelio se utiliza para explicar el significado de “prójimo”, como destinatario de un amor que es un criterio para obtener la vida eterna. El Papa Francisco lee en esta parábola un significado diferente: «La parábola nos muestra con qué iniciativas se puede rehacer una comunidad a partir de hombres y mujeres que hacen propia la fragilidad de los demás, que no dejan que se erija una sociedad de exclusión, sino que se hacen prójimos y levantan y rehabilitan al caído, para que el bien sea común» (FT, 67).

El encuentro descrito en la Parábola se puede resumir en cuatro verbos, estrechamente vinculados entre sí: reconocer, tener compasión, hacerse prójimo, cuidar.

El primer paso es “reconocer” a un hermano o hermana en dificultad. Pero para reconocerlos debemos, ante todo, “darnos cuenta” de su presencia. Quien vive ensimismado, desinteresado de los demás, indiferente, no logra darse cuenta del “prójimo” golpeado y abandonado en el camino (cf. FT, 73). Entonces, reconocer al hermano y a la hermana en el prójimo requiere un esfuerzo adicional, sobre todo si no «es parte del propio círculo de pertenencia» (FT, 81). Además de esta dimensión inmanente de la fraternidad, existe también una trascendente, que se funda en una inequívoca revelación de Jesucristo: «En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (*Mt* 25, 40). El cristiano está llamado, por tanto, a «reconocer al mismo Cristo en cada hermano abandonado o excluido» (FT, 85). Teniendo esto en cuenta, la cultura del encuentro se transforma en “teología” del encuentro y, del mismo modo, en “teofanía” del encuentro.

El segundo paso es “tener compasión”. También aquí podemos considerar una dimensión inmanente, que considera la capacidad del Samaritano de comprender el sufrimiento del pobre viandante, de conmoverse y sentir empatía. «No es una opción posible vivir indiferentes ante el dolor, no podemos dejar que nadie quede “a un costado de la vida”. Esto nos debe indignar, hasta hacernos bajar de nuestra serenidad para alterarnos por el sufrimiento humano» (FT, 68). Sin embargo, existe también una dimensión trascendente, que eleva a modelo la compasión divina. Como explicaba el Papa Francisco en 2015, «la compasión de Dios es meterse en el problema, meterse en la situación del otro, con su corazón de Padre» (*Meditación matutina*, 30 de octubre de 2015).

El tercer paso es “hacerse prójimos”. El Santo Padre señala que fue el Samaritano «quien se hizo prójimo del judío herido. Para volverse cercano y presente, atravesó todas las barreras culturales e históricas» (FT, 81). En su Mensaje para la 106ª Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado, el Papa Francisco explica que dichas barreras

suelen generar miedos y prejuicios que «nos hacen mantener las distancias con otras personas y a menudo nos impiden “acercarnos como prójimos” y servirles con amor». Hacerse prójimos significa involucrarse personalmente, regalando al otro lo más valioso que tenemos, ¡el tiempo! El Samaritano seguramente «tenía sus planes para aprovechar aquel día según sus necesidades, compromisos o deseos. Pero fue capaz de dejar todo a un lado ante el herido, y sin conocerlo lo consideró digno de dedicarle su tiempo» (FT, 63). Hacerse prójimos significa estar dispuestos a ensuciarse las manos. Y «el ejemplo más grande nos lo dejó Jesús cuando lavó los pies de sus discípulos: se quitó el manto, se arrodilló y se ensució las manos» (*Mensaje para la 106ª Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado*).

El cuarto paso es “cuidar”. Siguiendo el ejemplo del Samaritano, el Santo Padre nos invita a “vendar las heridas” de cada “forastero existencial” (97) y “exiliado oculto” (98), vertiendo “aceite y vino”. El aceite, el vino y las vendas representan idealmente todos aquellos instrumentos que estamos llamados a utilizar para aliviar y curar, desde una escucha atenta a una palabra oportuna, desde la asistencia médica a la psicológica, desde el restablecimiento de la confianza a la restauración de la dignidad personal. Cuidar significa hacerse cargo de los sufrimientos del otro. Se trata de un compromiso a largo plazo que nos transforma en “compañeros de viaje”, en amigos que comparten el camino hacia una meta común. Y cuando nos damos cuenta de que no podemos hacerlo todo solos, entonces debemos actuar como el Samaritano, que llevó al pobre hombre a una posada. «El samaritano buscó a un hospedero que pudiera cuidar de aquel hombre, como nosotros estamos invitados a convocar y encontrarnos en un “nosotros” que sea más fuerte que la suma de pequeñas individualidades» (FT, 78).

El reto del encuentro, que hace crecer en humanidad, nos atañe a todos y nadie puede echarse atrás. «Todos tenemos responsabilidad sobre el herido que es el pueblo mismo y todos los pueblos de la tierra. Cuidemos la fragilidad de cada hombre, de cada mujer, de cada niño y de cada anciano, con esa actitud solidaria y atenta, la actitud de proximidad del buen samaritano» (FT, 79). En su visita a Lampedusa en 2013, el Papa Francisco recordaba esta responsabilidad común: «“¿Dónde está tu hermano?”, la voz de su sangre grita hasta mí, dice Dios. Ésta no es una pregunta dirigida a otros, es una pregunta dirigida a mí, a ti, a cada uno de nosotros» (*Homilía*, 8 de julio de 2013). La pregunta es clara y exige una respuesta por nuestra parte, porque, como afirma el Santo Padre, «en este momento, todo el que no es salteador o todo el que no pasa de largo, o bien está herido o está poniendo sobre sus hombros a algún herido» (FT, 70).

Sin embargo, hay que reconocer que comprometerse en este tipo de encuentro, difundiendo su cultura, no es una operación sencilla. En “Fratelli Tutti” el Papa Francisco señala dos acciones propedéuticas, que implican dos tipos de movimiento diferentes: superar los miedos y cruzar las fronteras.

El natural instinto de autodefensa nos lleva a menudo a albergar dudas y miedos hacia los demás, y en particular hacia los extranjeros, hacia los migrantes. Pero estamos llamados a superar estas «reacciones primarias, porque el problema es cuando [ellas] condicionan nuestra forma de pensar y de actuar hasta el punto de convertirnos en seres intolerantes, cerrados y quizás, sin darnos cuenta, incluso racistas. El miedo nos priva así del deseo y de la capacidad de encuentro con el otro» (FT, 41). Es necesario recordar constantemente a las comunidades eclesiales que es Jesucristo mismo quien pide ser encontrado en el hermano y en la hermana que llaman a nuestra puerta. Como insistía el Santo Padre en febrero de 2019, «Y realmente es Él, incluso si a nuestros ojos les cuesta trabajo reconocerlo: con la ropa rota, con los pies sucios, con el rostro deformado, con el cuerpo llagado, incapaz de hablar nuestra lengua» (*Homilía*, 15 de febrero de 2019).

En la Carta Encíclica “Fratelli Tutti” el Papa Francisco nos exhorta reiteradamente sobre la necesidad de cruzar las fronteras para prepararnos para el encuentro con el otro. El Santo Padre se refiere, en primer lugar, a las fronteras geográficas y políticas, que en el mundo contemporáneo caracterizan los desequilibrios entre quienes gozan de la mayor parte de los recursos y quienes se quedan con las migajas. «Si toda persona tiene una dignidad inalienable, si todo ser humano es mi hermano o mi hermana, y si en realidad el mundo es de todos, no importa si alguien ha nacido aquí o si vive fuera de los límites del propio país» (FT, 125). Pero el Papa Francisco se refiere también a las barreras sociales, culturales, económicas y religiosas que se erigen para distinguir “nosotros” de los “otros”. En nombre de la seguridad «se crean nuevas barreras para la autopreservación, de manera que deja de existir el mundo y únicamente existe “mi” mundo, hasta el punto de que muchos dejan de ser considerados seres humanos con una dignidad inalienable y pasan a ser sólo “ellos”» (FT, 27).

Aunque el reto que plantea el encuentro, que hace crecer en humanidad, se dirige a toda la humanidad, las comunidades eclesiales deben sentirse interpeladas en primera persona. El Santo Padre, citando a San Juan Crisóstomo, hace un llamamiento a todos los cristianos: «¿Desean honrar el cuerpo de Cristo? No lo desprecien cuando lo contemplen desnudo [...], ni lo honren aquí, en el templo, con lienzos de seda, si al salir lo abandonan en su frío y desnudez”. La paradoja es que a veces, quienes dicen no creer, pueden vivir la voluntad de Dios mejor que los creyentes» (FT, 74). A las comunidades eclesiales, llamadas a ser testimonio vivo del advenimiento del Reino de Dios, les corresponde, pues, la tarea de conjugar los verbos del encuentro en primera persona del singular y en primera persona del plural. Esta conjugación comienza necesariamente por la escucha. «No hay que perder la capacidad de escucha» (FT, 48). Escuchar al territorio y a los habitantes de las periferias esenciales es una *conditio sine qua non* para identificar los espacios de exclusión y prepararse al encuentro.

Las comunidades eclesiales están llamadas hoy a escuchar el lamento del Pueblo de Dios, un “grito” que a menudo es “silencioso”, porque está sofocado por las lágrimas del sufrimiento, y “silenciado”, porque es incómodo y desestabilizador. Pero el Señor nos ha dado el Espíritu Santo para poder discernir Su voluntad, sin dejarnos distraer por las ilusiones de este mundo.

Termino haciendo mía la oración del Santo Padre: «Señor, [...] infunde en nuestros corazones un espíritu fraternal. Inspíranos un sueño de reencuentro, de diálogo, de justicia y de paz. Impúlsanos a crear sociedades más sanas y un mundo más digno, sin hambre, sin pobreza, sin violencia, sin guerras» (FT, Oración al Creador).